

ahora lo que quisieras haber hecho después de mis días. Pongamos á oficio á Pedro. ¿Qué dices?

—¿Qué he de decir? respondió mi madre; sino que tú te empeñas en mortificarme y en hacer infeliz á esa pobre criatura, tratando de ordinario poniéndolo de artesano, y por eso hablas y ponderas tanto. Pues qué, ¿ya sabes que es un tonto? ¿ya sabes que te vas á morir en la mitad de sus estudios? ¿y ya sabes, por fin, que porque tú te mueras se cierran todos los recursos? Dios no se muere: parientes tiene y padrinos que lo socorran: ricos hay en México harto piadosos que lo protejan, y yo, que soy su madre, pediré limosna para mantenerlo hasta que se logre. No, sino que tú no quieres al pobre muchacho; pero ni á mí tampoco, y por eso tratas de darme esta pesadumbre. ¿Qué he de hacer? soy infeliz y también mi hijo...

Aquí comenzó á llorar la alma mía de mi madre, y con sus cuatro lágrimas dió en tierra con toda la constancia y solidez de mi buen padre, pues éste, luego que la vió llorar la abrazó como que la amaba tiernamente, y la dijo:

—No llores, hijita, no es para tanto. Yo lo que te he dicho es lo que me enseña la razón y la experiencia; pero si es de tu gusto que estudie Pedro, que estudie nobuena; ya no me opongo: quizá querrá Dios prestarme vida para verlo logrado, ó cuando no, Su Majestad te

abrirá camino, como que conoce tus buenas intenciones.

Consolóse mi madre con esta receta, y desde entonces sólo se trató de ponerme á estudiar, y me empezaron á habilitar de ropa negra, arte de la lengua latina y demás necesarias menudencias.

No parece sino que hablaba mi padre en profecía, según que todo sucedió como lo dijo. En efecto, tenía mucho conocimiento de mundo y un juicio perspicaz; pero estas cualidades se perdían, las más veces, por condescender nimiamente con los caprichos de mi madre.

Muy bueno y muy justo es que los hombres amen á sus mujeres y que les den gusto en todo cuanto no se oponga á la razón; pero no que las contemplen tanto que por no disgustarlas, atropellen con la justicia, exponiéndose ellos y exponiendo á sus hijos á recoger los frutos de su imprudente cariño, como me sucedió á mí. Por eso os prevengo para que viváis sobre aviso, de manera que améis á vuestras esposas tiernamente según Dios os lo manda y la naturaleza arreglada os lo inspira; mas no os afeminéis como aquel valientísimo Hércules, que después que venció leones, jabaltes, hidras y cuanto se le puso por delante, se dejó avasallar tanto del amor de Omfale que ésta lo desnudó de la piel del león Nemeo, lo vistió de mujer, lo puso á hilar, y aún le refña y casti-

gaba cuando quebraba algún huso ó no cumplía la tarea que le daba. ¡Qué vergonzosa es semejante afeminación, aun en la fábula!

Las mujeres saben muy bien aprovecharse de esta loca pasión, y tratan de dominar á semejantes maridos de mantequilla.

Cólera da ver á muchos de éstos que no conociendo ni sabiendo sostener su carácter y superioridad, se abaten hasta ser los criados de sus mujeres. No tienen secreto, por importante que sea, que no les revelen; no hacen cosa sin tomarles parecer, ni dan un paso sin su permiso. Las mujeres no han menester tanto para querer salirse de su esfera, y si conocen que este rendimiento del hombre se lo han granjeado con su hermosura, entonces desenrollan de una vez todo su espíritu dominante, y ya tenéis en cada una de estas una Omfale, y en cada hombre abatido un Hércules marica y sinvergüenza. En este caso, cuando las mujeres hacen lo que se les antoja á su arbitrio, cuando tienen á los hombres en nada, cuando los encuernan, cuando los mandan, los injurian y aún les ponen las manos, como lo he visto muchas veces, no hacen más sino cumplir con su inclinación natural y castigar la vileza de sus maridos ó amantes sin prevenirlo.

Dios nos libre de un hombre que tiene miedo á su mujer, que es preciso que le tome su parecer para ir

á hacer esto ó aquello, que sabe que le ha de dar razón de adónde fué y de dónde viene, y que si su mujer grita y se altera, él no tiene más recurso que apelar á los mimos y caricias para contentarla. Estos hombres, indignos de nombre tan superior, están siempre dispuestos á ser unos descendientes del cabrío y unos padres de familia ineptísimos; porque ellos no dirigen á sus hijos, sino ellas. Los mismos muchachos advierten temprano la superioridad de las madres, y no tienen á sus padres el menor miramiento; y más cuando notan que si cometen alguna picardía por la que el padre los quiere castigar, con acogerse á la madre, ésta los defiende, y si se ofrece, arma una pendencia al padre y se queda cometida la culpa y eludida la pena.

No sin razón dijo Terencio que las madres ayudan á sus hijos en las iniquidades y estorban el que sus padres los corrijan. Lo que os pondré en una estrofitita para que la tengáis en la memoria.

Suelen ayudar las madres
A la maldad de sus hijos,
Impidiendo que los padres
Les den el justo castigo.

Es verdad que ni mi padre ni mi madre eran de los hombres afeminados, ni de las mujeres altivas que he dicho. Mi padre algunas veces se sostenía, y mi madre jamás se alteraba ni se alzaba, como dicen, con el santo

y la limosna; lo que sucedía era que cuando no le valían sus insinuaciones y sus ruegos para hacer á mi padre desistir de su intento, apelaba á las lágrimas, y entonces era como milagro que no se saliera con la suya, porque las lágrimas de una mujer hermosa y amada son armas eficacísimas para vencer al hombre más circunspecto.

Sin embargo, algunas ocasiones se sostenía con el mayor vigor. Era bueno que siempre hubiera conservado igual carácter; mas los hombres no somos dueños de nuestro corazón á todas horas, aunque siempre debiéramos serlo.

Finalmente: llegó el día en que me pusieron al estudio, y éste fué el de don Manuel Enríquez, sujeto bien conocido en México, así por su buena conducta, como por su genial disposición y asentada habilidad para la enseñanza de la gramática latina, pues en su tiempo nadie le disputó la primacía entre cuantos preceptores particulares había en esta ciudad; mas por una tenaz y general preocupación que hasta ahora domina, nos enseñaba mucha gramática y poca latinidad. Ordinariamente se contentan los maestros con enseñar á sus discípulos una multitud de reglas que llaman *palitos*, con que hagan unas cuantas oracioncillas, y con que traduzcan el Breviario, el Concilio de Trento, el catecismo de San Pío V, y por fortuna algunos pedacillos de la *Eneida* y Cicerón. *Con semejante método salen los muchachos*

habladores y no latinos, como dice el padre Calasanz en su *Discernimiento de Ingenios*. Tal salí yo, y no podía salir mejor. Saqué la cabeza llena de reglitas, adivinanzas, frases y equivoquillos latinos; pero en esto de inteligencia en la pureza y propiedad del idioma, ni palabra. Traducía no muy mal y con alguna facilidad las homilias del Breviario, y los párrafos del Catecismo de los curas; pero Virgilio, Horacio, Juvenal, Persio, Lucano, Tácito y otros semejantes hubieran salido vírgenes de mi inteligencia si hubiera tenido la fortuna de conocerlos, á excepción del primer poeta que he nombrado, pues de éste sabía alguna cosita que le había oído traducir á mi sabio maestro. También supe medir mis versos, y lo que era exámetro, pentámetro, etc.; pero jamás supe hacer un dístico.

A pesar de esto, y al cabo de tres años, acabé mis primeros estudios á satisfacción, pues me aseguraban que era yo un buen gramático, y yo lo creía más que si lo viese. ¡Válgate Dios por amor propio y cómo nos engañas á ojos vistas! Ello es que yo hice mi oposición á toda gramática, y quedé sobre las espumas; mi maestro y convidados muy contentos, y mis amados padres más huecos que si me hubiera opuesto á la magistral de México y la hubiera obtenido.

Siguiéronse á esta función las galas, los abrazos, los agradecimientos á mi maestro, y mi salida del estu-